

«¡Oh profeta de faustas nuevas! Has colmado mis mayores esperanzas. Claramente comprendo ahora lo que en mis más profundas meditaciones buscaba en vano: por qué el que con tanta ansia esperamos, debe llamarse fruto de la Mujer. ¡Salve, virgen Madre, que tan encumbrada estás en el amor del cielo! Sin embargo, de mi carne nacerás, y de tu vientre nacerá el Hijo de Dios Altísimo. Así se unirá Dios con el Hombre. Forzoso es que la Serpiente aguarde con mortal angustia el quebrantamiento de su cabeza. Mas dime: ¿dónde y cuándo será el combate? ¿qué golpe herirá la planta del vencedor?»

«No te figures, respondió Miguel, que el combate vaya á ser un duelo, ni que se produzcan realmente las heridas en la planta ó en la cabeza: el Hijo no une la humanidad á la divinidad para postrar con más fuerza á tu enemigo; ni quedará así aniquilado Satan, cuando un escarmiento más terrible, su caída del cielo, no le imposibilitó para hacerte á ti una mortal herida. El Mesías, tu Salvador, no te curará destruyendo á Satan, sino destruyendo en ti y en tu raza las obras de éste, lo cual no puede efectuarse sino perfeccionando lo que á ti te falta, la obediencia á la ley de Dios, impuesta bajo pena de muerte y padeciendo esta muerte que ha merecido tu desobediencia y la de aquellos que de ti desciendan. Sólo así puede satisfacerse la Suprema Justicia. Él cumplirá exactamente la ley de Dios por obediencia y por amor, aunque sólo el amor baste al cumplimiento de esta ley. Sufrirá tu castigo exponiéndose en la carne á una vida perseguida y á una abominable muerte. Prometerá la vida á los que crean en su redención y en que por medio de la fe se les imputará su obediencia y los méritos para salvarse, no por sus propias obras, aunque se ajusten á la ley. Vivirá en la tierra odiado, blasfemado, prendido por fuerza, juzgado y condenado á muerte, infamado, maldito, enclavado en la cruz por su propia nación, y muerto por haber dispensado la vida. Pero en su cruz quedarán clavados tus enemigos; con Él serán crucificados el castigo que se te ha impuesto, y los pecados de todo el género humano, y ningún daño experimentarán después los que confían plenamente en su satisfacción. Así morirá, pero resucitando en breve. La muerte no tendrá sobre Él poder muy duradero, pues antes de que vuelva á lucir la tercera aurora, le verán los astros de la mañana alzarse de su sepulcro, puro como la naciente luz; y entonces quedará satisfecho el rescate que redime al Hombre de la muerte, y su muerte salvará al Hombre, siempre que no menosprecie una vida así ofrecida, y que contraiga el mérito de la fe acompañada de buenas

obras. Este divino acto anula tu sentencia, la muerte que hubieras debido sufrir, envuelto como estabas en el pecado y eliminado para siempre de la vida; este acto quebrantará la cabeza de Satan y rendirá su fuerza, una vez derrotados el pecado y la muerte, sus dos principales armas, cuyo aguijón se clavará más hondamente en su cabeza que la herida que haga la muerte temporal en la planta del vencedor ó de sus rescatados; porque esta muerte es como un sueño de que dulcemente se despierta para pasar á la vida de la inmortalidad.

»Después de su resurrección sólo se detendrá en la tierra el tiempo preciso para aparecerse alguna vez á sus discípulos, hombres que durante su vida le siguieron siempre; y á ellos les encargará que anuncien á las naciones lo que de Él y de la salvación humana han aprendido, bautizando en agua corriente á los que crean, señal que purgándolos de la mancha del pecado para la pureza de su vida, los preparará también en espíritu, si fuere menester, para una muerte semejante á la del Redentor. Enseñarán por consiguiente á todas las naciones, porque desde aquel día predicarán la salvación no sólo á los hijos nacidos del seno de Abraham, sino á los que profesen la fe de Abraham, cualquiera que sea el lugar del mundo donde se hallen; y así en su raza serán bendecidas todas las naciones.

»En seguida ascenderá el Salvador al cielo de los cielos, llevando en pos la victoria, triunfante de sus enemigos y de los tuyos; en su ascensión sorprenderá á la Serpiente, como príncipe que es del aire, y arrastrándola encadenada por todo su imperio, la dejará por último confundida. Entrará luego en su gloria, y recobrará su trono á la derecha de Dios, magníficamente exaltado sobre todas las dignidades del cielo; desde donde, cuando ese mundo esté preparado para su disolución, volverá en toda su gloria y majestad á juzgar á los vivos y á los muertos; juzgará á los muertos apartados de la fe, y recompensará á los fieles, recibéndolos en su bienaventuranza, así en el cielo como en la tierra, porque toda la tierra será entonces Paraíso, lugar más bienhadado que este Eden, y días aquellos venturosísimos.»

Así habló el arcángel Miguel; suspendió su discurso, como si sobreviniera el gran período del mundo; y nuestro primer padre, lleno de júbilo y admiración, exclamó: «¡Oh bondad infinita, bondad inmensa, que hasta del mal haces nacer todo este bien, trocando en bienes los males, maravilla más grande que la de la creación, al salir la luz de las tinieblas! Cercado me veo ahora de incerti-

dumbres: no sé si arrepentirme del pecado en que he incurrido y á que he dado ocasion, ó si más bien regocijarme, porque de él ha resultado mayor bien, gloria más grande á Dios, á los hombres más benévola proteccion del cielo, y que á la colera haya sustituido la gracia. Pero dime: si nuestro Libertador torna á los cielos, ¿qué será de ese escaso número de fieles, abandonados en medio de ese rebaño impio, de tantos enemigos de la verdad? ¿Quién guiará á su pueblo, quién le defenderá? ¿No serán sus discípulos victimas de más sañudo rigor que el que con Él han empleado?»

«Seguro puedes estar, replicó el Ángel, de que así ha de suceder; pero desde el cielo enviará á los suyos un consolador, el prometido de su Padre, su espíritu, que residirá en ellos y grabará en sus corazones la ley de la fe por medio del amor para guiarlos con toda verdad; y les infundirá amor espiritual con que puedan resistir las tentaciones de Satan y despuntar sus envenenados dardos. Nada de lo que pueda intentar el hombre contra ellos los intimidará, ni aún la misma muerte, pues recibirán en sus interiores consuelos la compensacion de todas sus crueldades. Su inquebrantable firmeza desarmará á menudo á sus más tenaces perseguidores, porque el Espíritu comunicado primero á los apóstoles que han de predicar á las naciones el Evangelio, y despues á cuantos reciban la gracia del bautismo, infundirá en aquellos el portentoso dón de hablar todas las lenguas y de renovar todos los milagros que ántes de ellos hizo su Maestro; y así en cada nacion persuadirán á una inmensa muchedumbre á oír embelesada las nuevas venidas del cielo; y finalmente cumplido su ministerio y terminada gloriosamente su carrera, morirán dejando escritas su historia y su doctrina.

»Pero, según lo habian predicho, en lugar de ellos, sucederán los lobos á los pastores; lobos crueles, que emplearán los sagrados misterios del cielo en saciar su vil ansia de ambicion y lucro, y que corromperán con supersticiones y falsas tradiciones la verdad, que sólo se conserva en las puras palabras de la Escritura, y sólo es comprensible para el espíritu. Entónces procurarán valerse de nombres, dignidades y títulos, y unir el poder secular á estos, aunque fingiendo que únicamente aspiran al espiritual, con lo que se apropiarán el espíritu de Dios, prometido y otorgado por igual á todos los creyentes. Á favor de tal ficcion impondrán leyes espirituales por medio del poder humano á cada conciencia; leyes que nadie hallará escritas en los libros santos, ni entre las que el Espíritu grabó tan profundamente en los corazones. ¿Qué pretenden, pues, más que violentar el

espíritu de la Gracia, y esclavizar á su compañera la libertad? ¿Qué otra cosa que destruir los templos vivos edificados por la fe, por su propia fe, y no por ninguna extraña? Porque ¿quién puede ser infalible en la tierra, obrando contra la fe y contra la conciencia? Muchos se gloriarán de serlo, y de esta variedad nacerá una rigurosa persecucion contra los perseverantes adoradores en espíritu y en verdad. El resto, que será el mayor número, creerán cumplir con la religion apelando á demostraciones exteriores y á especiosas formalidades. Hostigada por los dardos de la calumnia, huirá la verdad, y se hallará rara vez la práctica de la fe. De esta suerte el mundo llegará á ser funesto para los buenos, halagüeño para los malos, y se sentirá abrumado bajo su propia pesadumbre, hasta que luzca el día de descanso para el justo, de venganza para el malvado, que será el del advenimiento del Defensor que recientemente se te ha prometido, fruto de una Mujer, vagamente anunciado, y á quien no puedes ya ménos de conocer como tu Salvador y tu Soberano. Cercado de brillantes nubes, se revelará, por fin, en el cielo, participe de la gloria de su Padre, y vendrá á aniquilar á Satan con todo su perverso mundo; y de esta masa candente, purificada por el fuego, sacará nuevos cielos, una nueva tierra, y creará siglos interminables, fundados en la justicia, en la paz y en el amor, que darán frutos de colmado bien y perpétua felicidad.»

Terminó con estas palabras, y Adán tambien, añadiendo: «¡Cuán pronto celestial profeta, has recorrido este mundo transitorio y la serie de los tiempos hasta que lleguen á fijarse estables! Más allá todo es un abismo, todo una eternidad, cuyo fin no puede alcanzar la vista. Saldré de aquí perfectamente instruido y en paz con mis pensamientos; llevo cuanto puede contener este pequeño vaso, y mi locura fué aspirar á llenarlo más. Sé para en adelante que lo mejor es obedecer solamente á Dios; amarle y temerle á un tiempo; proceder cual si estuviese siempre delante de Él; no desconfiar jamás de su Providencia; entregarse del todo á Él, que misericordioso en todas sus obras, hace que el bien triunfe del mal, y convierte las cosas más pequeñas en las más grandes, y anada con el impulso que se cree más ineficaz los mayores poderes de la tierra, y toda la ciencia mundana con la más humilde sencillez. Sé que el que padece por la verdad adquiere valor bastante para lograr el supremo triunfo, y que para el fiel, la muerte no es más que la puerta de la vida. Esto he aprendido con el ejemplo de Aquel á quien reconozco ya como mi Redentor siempre mi bendito.»